



MASCULINIDAD/ES

Poder y crisis

Teresa Valdés y José Olavarría (eds.)

EDICIONES DE LAS MUJERES N° 24



FRONTERAS Y RETOS : VARONES DE CLASE MEDIA DEL PERÚ

NORMA FULLER

Los últimos treinta años han visto la emergencia de diversos movimientos que, desde una perspectiva femenina, critican los presupuestos en que se fundan las jerarquías entre los géneros. Sin embargo, el trabajo de deconstrucción de los artificios que conducen a las mujeres a asumir las construcciones de género nos lleva a preguntarnos acerca de los caminos por los cuales los cuerpos, las psiques y los hábitos de los varones adquieren sustancia masculina. Es decir, cómo se constituye la identidad de género masculina. Dentro de esta línea, el presente trabajo analiza las representaciones de masculinidad de la cultura peruana de clase media. Para ello se entrevistó a 40 varones cuyas edades fluctúan entre los 22 y los 55 años. Esta población pertenece a la elite intelectual y profesional peruana y ha sido expuesta a los discursos que cuestionan los privilegios masculinos. Por tanto son representativos tanto de la cultura de su medio como de los cambios ocurridos en las tres últimas décadas.

A fin de deconstruir las representaciones de masculinidad de la población estudiada me concentré en cuatro diferentes conjuntos de representaciones relacionados con la masculinidad: el masculino, el relacional, el machismo y lo *abyecto*. El primero se refiere a lo masculino como tal; el relacional delinea la masculinidad al oponerla a lo femenino; el machismo contiene la ideología del predominio del hombre; el cuarto define a la masculinidad a través del *repudio* de lo que un varón no debe ser.

IDENTIDAD DE GÉNERO

La identidad de género corresponde al sentimiento de pertenencia a la categoría femenina o masculina. Sin embargo, el género no se deriva mecánicamente de la anatomía sexual ó de las funciones reproductivas, sino que está constituido por el conjunto de saberes que adjudica significados a las diferencias corporales asociadas a los órganos sexuales y a los roles reproductivos. Esta simbolización cultural de las diferencias anatómicas toma forma en un conjunto de prácticas, discursos y representaciones sociales que definen la conducta, la subjetividad y los cuerpos de las personas en función de su sexo. A su vez se producen categorías sociales: los varones y las mujeres, que ocupan lugares precisos, diferentes y jerarquizados en el ordenamiento social.

La constitución del género requiere identificarse con el fantasma normativo del sexo, es decir, el ingreso dentro de un orden simbólico que prescribe que los sexos/ géneros son polares, discretos y heterosexuales. Esta división ignora la calidad indiferenciada de la atracción sexual y la presencia de la homosexualidad en todas las culturas humanas. De este modo, restringe simbólicamente (discursivamente) el espectro de la sexualidad humana, enviando al lindero de lo *antinatural* las formas de identidad sexual no vinculadas con la vida reproductiva (Lamas 1995:64). Esta es la operación que asegura la reproducción del sistema de género heterosexual/patriarcal.

No obstante, las identidades sexuales y de género no están abiertas a la elección del sujeto. Ellas son fijas y constituyen los fundamentos del sentimiento del sí mismo tanto a nivel personal y social como corporal. A fin de dar cuenta del proceso por el cual los discursos y representaciones sobre género se encarnan y estabilizan uso el concepto de *repudio*. Este es el

rechazo compulsivo de un espectro de contenidos que se definen como *lo que no se debe ser*, el punto en el cual el varón pierde su condición de tal: *lo abyecto* (Butler 1993, 94). El *repudio* permite al sujeto contrastarse contra algo y así definir sus contornos. Se produce un afuera constituyente del sujeto, un afuera *abyecto* que, sin embargo, está dentro del yo como su propio *repudio fundante*. De ahí que lo *abyecto* se coloque como un agente activo que amenaza con la pérdida de la identidad sexual y obliga a cada persona a reconfirmar su género constantemente. Esta operación, a su vez, contribuye a la reproducción del sistema de género heterosexual y a la producción de identidades de género.

En la medida en que las relaciones de género implican poder y atribuyen a un género, el masculino, prioridad sobre el femenino, existe una negociación permanente de los términos de estas jerarquías. Asimismo, la masculinidad hegemónica está sometida al desafío de diferentes versiones sobre las opciones sexuales y de género. En ese sentido, la negociación entre varones y mujeres y entre los discursos alternativos de masculinidad son instancias para la producción y reproducción de las identidades de género.

LO MASCULINO

Las representaciones de masculinidad de esta población están contenidas en tres diferentes configuraciones: la natural, la doméstica y la exterior,(pública/calle). Cada una de ellas se funda en códigos morales diferentes e incluso opuestos. Todo varón debe lidiar con las exigencias contradictorias de estas tres esferas a lo largo de su vida y enfatizará un aspecto u otro de la masculinidad de acuerdo al momento del ciclo vital en que se encuentre, el tipo de profesión que abraza, a su sensibilidad o a su historia personal. Ello abre un abanico de posibles maneras de ser varón en las que cada sujeto hila su propio relato actualizando así las masculinidades.

El aspecto natural de la masculinidad se refiere a los órganos sexuales y a la fuerza física. Estos rasgos constituyen el núcleo de lo masculino ya que se fundan en características supuestamente innatas e inamovibles. A partir de ellos cada niño debe desarrollar fuerza física, control sobre sus emociones y probar que es sexualmente activo. Esta tarea está a cargo de la socialización primaria en el hogar y del grupo de pares. Ellos transmutan el dato natural de las diferencias sexuales y reproductivas en *valentía* y *sexualidad activa*, las cualidades que conforman la *virilidad*. Esta última se define como el aspecto no domesticable de la masculinidad. Si se lo controlara totalmente, el varón correría el riesgo de ser emasculado y convertido en femenino. Lo femenino actúa como una amenaza de contaminación exorcizada mediante el *repudio* constante de toda expresión de femineidad en el niño. De este modo se constituyen los bordes de lo masculino y se produce una identidad opuesta al grupo de las mujeres de la familia.

El espacio externo está compuesto por lo público y la calle. La calle se asocia a la virilidad y es por tanto la dimensión no domesticable y desordenada del mundo externo; es la arena de la competencia, la rivalidad y la seducción. Se rige por las relaciones de parentela, amistad y clientela. Su principio rector es la jerarquía. Lo público se asocia a la *hombría*, la masculinidad lograda y reconocida públicamente (trabajo, política) es el *locus* del logro y debe estar regulado por la honestidad, la eficiencia y la contribución al bien común.

La calle se asocia al grupo de pares, que es el encargado de transmitir y recrear una contracultura juvenil en la cual las hazañas más prestigiosas consisten en desafiar las reglas de los adultos. Emborracharse e ir al burdel están entre las más importantes de esas actividades. Las estrellas de rock y de cine, que personifican la ruptura con el orden establecido, son los íconos de este mundo paralelo. Como percibe Franco, "me imagino que era tratar de afirmarse como varones, creo que eso les hacía sentir que eran capaces de hacer cosas audaces y salirse con la suya". En suma, el grupo de pares transmite un mensaje fundamental: ser un hombre significa quebrar algunas de las leyes que rigen los mundos doméstico y público.

La calle es el espacio donde el varón actúa como un seductor frente a las mujeres de los

grupos sociales subalternos hacia las cuales asume una postura predatora. Este tipo de relaciones juega un rol importante en la afirmación pública de la *virilidad* de un varón, ya que a través de sus *conquistas* él muestra a sus pares que es capaz de seducir a una mujer sin tener que pagar (prostituta) o comprometerse (novia). Este es el espacio para la *fanfarronada*, en la que los participantes narran sus hazañas sexuales a sus pares que no les creen pero que, no obstante, celebran sus proezas. Estos relatos forman parte de la continua charla entre varones a través de la cual se va constituyendo la narrativa de la masculinidad en su versión viril. Como cuenta Dan Patay "en mi trabajo el medio es muy sexista, se valora mucho la conquista. Para enfrentar eso, lo que hice fue dejar que se piense o que se hable, porque al final de cuentas no era verdad que a todas las mujeres que entraban a mi oficina me las tiraba, o que definitivamente me tiraba a las mujeres del trabajo..."

Sin embargo, la cultura de la calle compite con el conjunto de valores del espacio público -versión luminosa de lo masculino- transmitidos en el colegio y el hogar. No todos los varones suscriben los ideales del grupo de pares, algunos se identifican con los valores públicos representados por la iglesia y por la escuela. Marco, por ejemplo, señala que "teníamos otras cosas en qué pensar, en lograr un futuro bueno, en ser ingenieros, entrar a la Escuela Militar. Se hablaba de sexo, pero como algo distante y si había personas que iban donde prostitutas, no encontraban consenso para hablar de eso". Otros jóvenes no encajan dentro del tipo de masculinidad propuesto por la cultura del grupo de pares, en esos casos pueden acercarse al modelo del artista sensible, el líder político comprometido o el intelectual, más cercanos a los valores del espacio público.

A medida que los jóvenes maduran e ingresan a la universidad o al mundo del trabajo, adquieren confianza en sí mismos y sus representaciones de masculinidad se alejan gradualmente de los ideales viriles para enfatizar la responsabilidad, el logro y el altruismo social. Es decir, dejan de ser machos para convertirse en hombres ingresando así al período de la *hombría*. Las cualidades que se le asocian: responsabilidad, respetabilidad y contribución al bien común, pertenecen a las esferas doméstica y pública. Mientras que la *virilidad* (sexualidad activa y fuerza física) se representa como natural y como el núcleo de la masculinidad, la *hombría* se concibe como un producto cultural, como una cualidad que debe ser lograda. La *hombría* atraviesa diferentes períodos -ingreso al mundo laboral, fundación de una familia, contribución a la comunidad- pero se alcanza plenamente cuando un varón funda una familia a la que mantiene bajo su protección/autoridad y obtiene el reconocimiento social (respeto) de los otros varones al insertarse en el mundo del trabajo. Mientras que todo varón tiene *virilidad* no todo hombre llega a la perfecta *hombría*. Sin embargo las dos pueden ser perdidas, la feminización lleva a perder la *virilidad* mientras que el desafío público de la honorabilidad de un varón cuestiona su *hombría*.

El aspecto público (trabajo, política) sostiene y legitima la prioridad masculina. Dentro de éste, el trabajo es el eje fundamental de la identidad masculina adulta. Ingresar al mundo laboral significa alcanzar la condición de adulto, constituye una precondition para poder establecer una familia y es la principal fuente de reconocimiento social. Quien fracasa en obtener un empleo que el grupo de pares considere adecuado y prestigioso, puede anular cualquier otra forma de logro personal y convertirse en un *pobre diablo*. Es decir, alguien sin valor social alguno. Pero el trabajo es inherentemente contradictorio porque, aunque es indispensable para la constitución de la identidad masculina, es una responsabilidad y un deber que contrastan con la libertad individual. Más aún, a menudo las exigencias del mundo laboral se oponen con las demandas de la familia y sus reglas de juego contradicen los principios éticos que se supone los varones representan en tanto jefes de sus familias y en tanto vínculo con los más elevados principios. Como expresa Claudio, "el trabajo para mí ha sido descuidar un poco a mi mujer, a mis hijos, a mi familia. Incluso en términos de mi propia vida, no he dejado espacio para un desarrollo personal más creativo. Este tipo de actividad me ha absorbido demasiado. He dejado pasar muchas cosas y miro con nostalgia la posibilidad de

retomar esto, porque finalmente no he hecho nada, salvo esto".

Es posible distinguir cinco estilos diferentes de representación de trabajo. Estos se relacionan con el tipo de profesión y con la manera en que cada varón enfrenta las contradicciones inherentes al mundo del trabajo. Estos son: el empresario, el profesional, el altruista, el creativo y el pragmático. Algunas características, especialmente aquellas que describen al emprendedor y al profesional, están relacionadas con la actividad, la competencia y el altruismo social, cualidades tradicionalmente asociadas a lo masculino. Sin embargo, todo el espectro de alternativas muestra que el cuidado del otro y la empatía, los rasgos que se le atribuyen a lo femenino, también forman parte de su representación de este aspecto clave de la masculinidad. Ello demuestra la complejidad de la identidad de género masculina.

El ámbito público, en tanto compromiso con cuestiones comunales, nacionales o humanitarias, está asociado con el desarrollo de los varones en tanto seres humanos. Este constituye el lado altruista de la versión pública de la masculinidad. Esta práctica, según afirman, amplía los horizontes de los varones jóvenes y los lleva a concebirse como parte de una comunidad mayor que la familia o el grupo de pares, es decir, hace de ellos hombres públicos. A pesar de que la política porta los más altos valores, es un tema controvertido porque la cultura peruana la define como una arena regida por los intereses individuales y familiares antes que por el bien común o por principios éticos universales (Fuller, 1995). Consecuentemente, el ámbito público, a pesar de ser el más valorado, es inherentemente ambiguo porque la práctica se contradice con sus principios rectores. Su última frontera es lo sagrado, la perfección inalcanzable sólo lograda por los sacerdotes y los santos que no están atados por lazos familiares y domésticos. A cambio de esta perfección ellos renuncian a la sexualidad, una parte intrínseca del lado natural de la *hombria*. Lo sagrado, por tanto, cae fuera de lo masculino y actúa como una de sus fronteras.

El aspecto doméstico de la masculinidad se asocia a la familia (matrimonio y paternidad) y constituye el núcleo de los afectos. Está definida por el amor, la autoridad, la protección, el respeto, todos ellos resumidos en el valor *responsabilidad*, la cualidad que caracteriza la masculinidad en su aspecto doméstico. Para los varones adultos, el matrimonio es un paso necesario para llegar a ser un hombre pleno. Como los hombres están impedidos de realizar tareas domésticas, antes de casarse dependen de sus familias (madres) para el mantenimiento diario, ello los retiene en la situación de jóvenes inmaduros. Al casarse, un varón obtiene un hogar propio y una mujer que se ocupa de sus cuestiones domésticas. Asimismo, la vida conyugal les proporciona una vida sexual plena y la oportunidad de demostrar a sus pares que son sexualmente activos y capaces de ejercer autoridad y protección. Estos últimos son símbolos importantes de la masculinidad adulta.

Aunque los sujetos entrevistados son conscientes de que la vida conyugal implica responsabilidades, preocupaciones y disminución de su libertad personal, ellos aceptan intercambiarla por amor, reconocimiento y para ostentar el rango de jefes de familia. Angel cuenta: "Yo me casé joven, de 24 años. Por un lado me sentí libre porque todo muchacho llega a un momento en que se satura de la casa y quiere tener su vida. No quería que mi mamá me dijera a las 7 de la mañana 'levántate'. Pero sentí la pegada, como siente todo muchacho de ver cortada su libertad. Después le empecé a tomar gusto al matrimonio, tenía mi casa donde hacía lo que yo quería. Mi mujer me trata como a un rey. Me atiende, me mimas. Uno se siente libre, tiene libertad personal, pero te corta la libertad del vacilón, del amigo, de la calle. Además las mujeres no me miran porque soy casado".

La autoridad sobre la esposa y sobre toda la familia es uno de los núcleos de la identidad masculina de los varones de clase media limeños. Un varón que fracasa en el intento de obtener que su esposa reconozca su autoridad última sobre ella y sobre la familia, pierde su condición masculina, es un "saco largo".¹ La forma de ejercer autoridad varía en un espectro que va desde el patriarca bondadoso, que impone las reglas en base al amor y la

1. Saco largo: usar faldas, estar feminizado porque la esposa es quien toma las decisiones.

comunicación, al modelo de asociación, en el cual el varón negocia las decisiones con la mujer. Sin embargo, en todos los casos, el varón se percibe como el líder de la relación.

No obstante, el espacio doméstico es peligroso porque es, en última instancia, femenino. Mas aún, el reconocimiento de la esposa nunca es incondicional y debe ser intercambiado por *respeto*. Es decir el varón está en riesgo de perder dos elementos cruciales: su *virilidad* (por excesivo contacto con lo femenino y por la domesticación de su capacidad sexual) y su autoridad sobre las mujeres de su familia. No existe solución para este conflicto que es inherente a la masculinidad y en general a las relaciones de poder entre los géneros.

La paternidad consagra la *hombria* adulta, como dice Mario, "la paternidad me realiza no por ser macho, sino como el desarrollo visible de lo que uno puede ser cuando se le llama hombre, así en términos generales". El joven se convierte en padre y jefe de familia: el eje de un nuevo núcleo social. La paternidad tiene una dimensión natural, doméstica, pública y trascendental. Es natural en tanto que es la última prueba de *virilidad*, el reconocimiento público de que un varón puede engendrar un hijo o una hija. Es doméstica, por cuanto constituye una familia y mantiene unida a una pareja. En este sentido, la paternidad está definida por el amor, la cualidad propia del lazo familiar, y por la responsabilidad, el lado altruista de la masculinidad. Es pública, en tanto el rol de los padres es vincular a sus hijos con el dominio público e inculcarles las cualidades y valores que les permitan desenvolverse en dicho ámbito. Su dimensión trascendental asegura la continuidad de la vida y hace del varón un creador.

La paternidad es la personificación del lado nutricional de la *hombria* ya que se centra en la capacidad de dar y de formar nuevos seres. Ello contradice las teorías (Chodorow, 1978) que identifican la femineidad con la empatía y el cuidado del otro y definen a la paternidad como un lazo eminentemente social. Esta población concibe el vínculo entre padres e hijos como una dimensión fundamental de la verdadera *hombria* y la define expresamente en términos de responsabilidad, y capacidad de dar de sí. No obstante, en la práctica, la paternidad dramatiza y reproduce las jerarquías de género, clase y raza prevalecientes entre las clases medias peruanas. Engendrar a un ser no define el vínculo padre-hijo; éste debe ser transmutado en paternidad a través del reconocimiento público y de la responsabilidad. Ello está garantizado por el lazo matrimonial, marcado por una estricta endogamia de clase, mientras que los hijos habidos fuera de éste -algo bastante frecuente en una sociedad donde los varones están autorizados para circular sexualmente entre mujeres de los distintos sectores sociales- no son necesariamente reconocidos; ello depende de la voluntad del varón. A pesar de la importancia central de esta experiencia, la paternidad sólo es tal dentro de las jerarquías de género, clase y raza vigentes en la sociedad peruana.

Las dos fronteras de lo masculino, la *virilidad* pura y lo sagrado son los marcos dentro de los cuales cada varón constituye su identidad de tal. Así, las distintas maneras de lidiar con estos tres aspectos de la masculinidad (natural, doméstico y exterior) dan lugar a diferentes estilos masculinos. Quienes ponen énfasis en la *virilidad*, se acercan al modelo del guerrero o del macho; aquellos que dan prioridad al amor y la responsabilidad serán los varones sensitivos y los padres cercanos. Las diferentes formas de inserción en la esfera pública (trabajo, política) abren una serie de variantes que van del idealista al pragmático, y desde el empresario hasta el artista.

Finalmente la masculinidad produce varias versiones marginales que corresponden a las diferentes maneras en las que el varón no consigue o rehúsa ingresar a la masculinidad adulta: el don Juan, el irresponsable, el idealista, el hombre sagrado, el delincuente, entre otras. Todas estas masculinidades marginales actúan como contrapuntos de la narrativa de la masculinidad. Ellos son los fantasmas-fronteras contra los cuales cada varón constituye el relato de su identidad de género.

LO FEMENINO Y LO MASCULINO

Las diferencias entre masculino y femenino se constituyen alrededor de los tres aspectos de la masculinidad, el natural, el doméstico y el público. De acuerdo al relato de los varones entrevistados, lo natural corresponde a las diferencias en órganos sexuales, roles reproductivos y fuerza física. Estas se conciben como complementarias y jerárquicamente relacionadas. Los hombres son los agentes sexualmente activos mientras que las mujeres son quienes eligen a su pareja sexual. Una vez elegido el cónyuge, el varón se convierte en el propietario de los favores sexuales de la mujer mientras que lo opuesto no es cierto. La sexualidad masculina, en tanto indomesticable, no puede ser limitada a la vida matrimonial (doméstica) porque ponerla bajo el control de una mujer podría destruirla, como dice Daniel, "uno siempre siente que tiene una atracción por el sexo opuesto. Decir que voy a ser fiel para siempre me daría la impresión como que estoy negando una parte de mi masculinidad. Diría, bueno de todas maneras yo soy hombre. Pero es sólo por eso. Es como dejar y no dejar la puerta abierta. No es que yo quiera ser infiel ni mucho menos, pero tampoco es algo que quiero cerrar y decir, ahí acabó, todo está ahí".

En cambio, el libre ejercicio de la sexualidad femenina se percibe como una amenaza a la *virilidad*, profundamente asociada con la capacidad de controlar la sexualidad de las mujeres de la propia familia (esposa, hermanas, hijas).

Sin embargo, la sexualidad y los roles reproductivos son terrenos resbaladizos porque la mujer puede controlar a los varones a través de la seducción o escapar de su control al ejercer libremente su sexualidad. Por último la maternidad, asociada a las diferencias en roles reproductivos, posee más valor social y simbólico que la paternidad y proporciona a las mujeres una cuota de influencia considerable. El rasgo que inclina la balanza en favor de los varones es la fuerza física. Esta se considera como la fuente de las diferencias entre los géneros y la que explica el predominio masculino. Como afirma Tito, "por la conformación misma del organismo de la mujer, es más delicada, más suave. Todo varón es más tosco, más rudo, más fuerte, entonces eso hace que la mujer se diferencie bastante del varón".

La deconstrucción de este conjunto de representaciones permite develar la operación por la cual el discurso de las diferencias naturales se convierte en un dispositivo para la producción de las identidades sexuales y de género. Mas aún, ellas esconden su origen cultural bajo la etiqueta de lo natural. Por este *tour de force* discursos socialmente contruidos se convierten en el núcleo de las identidades de género. De este modo se reproduce la ilusión de la existencia de un núcleo de género que precede a sus manifestaciones y organiza el desarrollo de las identidades.

Lo doméstico corresponde al campo de los afectos y está atravesado por las oposiciones sensibilidad/fortaleza y casa/calle. Varones y mujeres tendrían diferentes *sensibilidades*. Mientras las segundas poseen una especial habilidad para ponerse en el lugar del otro, los varones son menos sentimentales.. Según José Antonio "las mujeres tienen un tipo de sensibilidad distinta, más fina. Pero no creo que sea algo menos, creo que es algo más. La sensibilidad de los hombres es un poco más brusca o bruta en el sentido de torpe, no de fuerza. En cambio las mujeres que he conocido son más sensibles. Pero no en el sentido de debilidad, sino en el sentido de percibir más cosas, no de ser vulnerables o sentimentales, sino en el sentido de percibir cosas más finas de los demás".

Estos rasgos, sin embargo, no son tan fijos como los naturales, según esta población los varones son capaces de amor maternal y nacen con la misma sensibilidad que las mujeres pero ésta es desviada a través de la socialización infantil y juvenil. Para José Antonio, por ejemplo "esa sensibilidad más fina, es algo menos presente en los hombres que en las mujeres; pero creo que en general, como seres humanos, son capaces de desarrollarla, no es algo privativo de un género, tiene que ver con la socialización. Puede haber alguna presencia biológica o una base biológica pero mínima, es la socialización lo importante". Estas diferencias son, en última instancia, producto de la cultura y están abiertas a la variedad individual.

Es ya un lugar común la constatación de que lo masculino se identifica con lo racional y con el pensamiento abstracto y que esta asociación es una de los más poderosos dispositivos del poder masculino. Entre la población estudiada se repite este esquema representacional, los varones serían más racionales y las mujeres más intuitivas y emotivas. Sin embargo, la asociación de lo masculino con la razón, no es universal, por el contrario constituye un terreno de conflicto en el cual se pone en tela de juicio los fundamentos de la dominación masculina. Toto, por ejemplo, observa que "el campeón mundial de ajedrez siempre ha sido hombre y esa es una actividad en la cual no tendría por qué haber diferencia, no es una cosa física. El campeón mundial actual piensa que las mujeres no van a poder jugar tan bien como el hombre porque no tienen un pensamiento tan analítico, que son más impulsivas. Yo no lo creo, creo que las diferencias son más de formación".

La oposición casa/calle, opera como el espacio transicional entre lo natural, lo doméstico y lo exterior. La casa, el aspecto interior de la vida, es femenina. Es el reino de la esposa y de la madre. Los varones pertenecen a la calle. Emilio narra que "tenía mucha libertad para jugar con mis amigos en la calle desde muy niño, todas esas prerrogativas eran porque era hombre. Parte de mi formación era la calle, así al menos lo consideraba mi madre".

A pesar de que lo masculino se asocia a la calle, el hombre no es sólo exterior sino ambivalente. Criado entre mujeres, debe conquistar la calle al llegar a la pubertad, pero la casa es siempre suya. La naturaleza dual de la masculinidad permite a los varones circular por ambos mundos al mismo tiempo que mantienen el monopolio de uno de ellos. Mientras que los varones son los poseedores naturales de la calle, las mujeres sólo pueden acceder a ésta cuando están bajo su protección o bien deben someterse a las reglas del juego masculinas. Es decir entrar en el juego de la seducción/agresión que caracteriza este espacio desordenado. Finalmente, el varón detenta la autoridad última de lo doméstico en base a su asociación con lo público. Aunque la casa y la calle se conciben como complementarias, desde el punto de vista del cuadro general de la sociedad, lo doméstico está en posición subordinada frente a lo público. Por ello todo varón, en tanto elemento que vincula ambos mundos, es el jefe de la familia.

Lo público, la instancia que legitima el predominio masculino al vincular a los varones con el bien común y los valores más altos, se representa como un campo móvil y sometido a cambios histórico-sociales. El ingreso de las mujeres al mercado de trabajo formal y a la vida política cuestiona el monopolio masculino de este ámbito. Carlos narra que "cuando era adolescente pensaba que las mujeres iban a tener mucho menos posibilidades que nosotros los hombres. Además me decían que yo supuestamente, iba a ser un jefe de familia y a sostener una familia. Hoy día me doy cuenta que hay muchos hogares en donde las mujeres son quienes sostienen un hogar y que se han abierto más campo que algunos hombres. He estudiado con personas y he conocido en mi carrera a algunas brillantes, no sólo profesionalmente, sino en varios aspectos. Ahora es distinto, además que ha habido todo un *boom*, ha habido una ruptura entre cuando era adolescente, en el año 68, no 73, 70. En 25 años ha cambiado totalmente el mundo, hoy día nadie puede decir que ve a la mujer como la veía hace 25 años".

En suma, el dominio público ha sido redefinido para dar espacio a las mujeres. Estos cambios se relacionan a tendencias mayores en la vida social que ocurrieron, según ellos, porque *la sociedad ha cambiado* hacia una creciente democratización.

De este modo la voz femenina se coloca como un discurso alternativo que cuestiona el modelo de masculinidad hegemónico.

MACHISMO

El machismo ha sido considerado como el complejo de rasgos que caracterizan la concepción de masculinidad latinoamericana. Este designa la obsesión de los varones con el dominio y la *virilidad*. Ello se manifiesta en la conquista sexual de las mujeres, la posesividad

con respecto a la propia esposa, especialmente en lo que concierne a los avances de otros rivales y actos de agresión y bravuconería en relación a otros varones (Stevens, 1973). Sin embargo, el análisis de los relatos recogidos muestra que la representación de machismo de la población estudiada es precisamente opuesta a lo que el sentido común define como tal.² Ellos lo asocian al lado natural de la masculinidad, al período juvenil o bien lo definen como la expresión ilegítima del predominio masculino o como una reacción irracional contra las demandas de igualdad de la mujer.

El machismo sería un componente de la cultura masculina juvenil que transmite el grupo de pares, la institución a cargo de buena parte del proceso de socialización de los varones jóvenes. Esta cultura acentúa la ruptura con los valores del espacio doméstico asociados a la figura materna y sobrevalúa el aspecto indomesticado de la masculinidad: fuerza física y *virilidad*. Como narra Claudio "te lo han reforzado a lo largo de tu proceso educativo, especialmente si has estado en un colegio de hombres. Una especie de cosificación de la mujer. La hembra fulana, la hembra mengana. La experiencia de 'tirarse' a fulanita como logro importante. Poder demostrar los niveles de hombría relacionados al número de experiencias sexuales que has tenido. Algunos comportamientos vinculados a tomar licor. Si no tomas no eres hombre, o que si no te llegas a emborrachar pues eres un maricón. Muchas cosas como esas, que son parte de un proceso de socialización en diferentes etapas de la vida de un hombre y que marcan una clara concepción machista".

En lugar de constituir una prueba de la superioridad masculina, el machismo se representa como la expresión de la inseguridad de los jóvenes respecto a su propia *virilidad* o a su capacidad de obtener el reconocimiento de sus pares. Según Mauricio se trata más que nada de una forma de fanfarronería. "Lo que no comprendía era esos supermachos que me hablaban a mí de cinco polvos al hilo y aquí y allá; yo me decía cómo pueden hacer eso, no entiendo, yo debo ser un disminuido sexual; después me di cuenta que eran puras hablaturías. Ahora yo escucho historias que me muero de la risa".

Para otros el machismo es una reacción irracional de defensa contra el reto que representa la liberación femenina y su irrupción en el espacio público. Según afirman, aquellos varones que aún se aferran al machismo expresan su temor de ser desplazados por las mujeres. Se trata pues de una reliquia del pasado y de un intento de proteger los privilegios masculinos. Como dice Carlos "es un rezago de nuestra civilización. Por otra parte, es una forma de protección de un grupo. Los hombres, como todo grupo, han desarrollado sus propios instintos de supervivencia. Y un instinto de supervivencia todavía es el machismo. El mediocre que dice, la mujer no puede competir conmigo, se está protegiendo él. Lo definen como machista. Pero no es un machista, es un mediocre que quiere defenderse del ataque de las mujeres que vienen hoy día a ocupar los puestos que él tenía antes sin competir".

El machismo sería la ideología de la supremacía masculina que legitima la precedencia de los varones sobre las mujeres. Sin embargo, para esta población los argumentos usados para sostener esta posición no tienen fundamentos legítimos. Enrique, por ejemplo, declara: "Yo definiría como machista al hombre que cree que el hombre efectivamente tiene más derechos que la mujer, que tiene más capacidad que la mujer y que sostiene que la mujer debe estar bajo su dominio, su yugo. Que cree a la mujer incapaz de hacer las cosas que él sí puede hacer. Pienso que lo único que diferencia a un hombre de una mujer es el nivel físico que, normalmente desarrollado, es mayor en el hombre que en la mujer. Me refiero a fuerza, cuántos kilos levanto yo y cuántos levantas tú. En cambio el machista piensa que esa es una de las tantas diferencias que hay entre un hombre y una mujer y que el hombre debe estar por encima siempre".

2. Para la representación de sentido común, el macho es el varón hipersexuado y agresivo que se afirma como tal a través de su potencia sexual (capacidad de conquista), la competencia y la jactancia frente a otros varones y el dominio sobre las mujeres de su familia pero que, al no aceptar frenos (sobre todo si provienen de las mujeres), no asume su rol de jefe de familia y padre proveedor.

De este modo, el machismo, aunque presente, ha derivado precisamente en la expresión de los aspectos más débiles o controvertidos de lo masculino en tanto que sus versiones pública y doméstica se asocian a los valores más elevados y a la *verdadera hombría*. Como dice Rodrigo "me considero con resaca de machismo. Mi padre era muy machista. Yo tengo una lucha con esta parte mía impositiva, de mandar, de machista, de jefe, de dirigir, de organizar, que muchas veces me resulta detestable. De otro lado, como hay el mito del machismo uno se enfrenta a la angustia de la mujer para no ser sometida".

En suma, el machismo corresponde a un período de la vida del varón y a un aspecto de la masculinidad que puede ser moralmente ilegítimo desde el punto de vista doméstico o público pero que, no obstante, es parte intrínseca de la masculinidad y expresa la inconsistencia moral que la caracteriza.

LO ABYECTO

Para la cultura peruana, la feminización es la forma más evidente de lo *abyecto*, el límite donde un varón pierde su condición de tal. Esta ocurre debido a una excesiva prolongación del vínculo madre/hijo, cuando un varón es incapaz de imponer su autoridad sobre la esposa o la novia, cuando un rival le pone cuernos y, como el último y más aberrante límite, al ocupar una posición pasiva en una relación homosexual. La homosexualidad pasiva, ser penetrado por otro varón, constituye la última frontera de lo masculino en su aspecto natural: la *virilidad*. Consecuentemente, es la mayor amenaza porque esta última es el verdadero núcleo de la masculinidad. Mientras que los otros aspectos (doméstico, exterior) pueden ser cuestionados y de hecho cada varón enfatiza algunos y deja de lado otros dando lugar a las múltiples versiones de las identidades masculinas, la sexualidad activa se representa como fija e incambiable. Un varón que quiebra esta barrera simplemente pone en entredicho su condición de tal. Bruno lo resume diciendo que "un homosexual es una falla de la naturaleza, es igual que un niño que nace con el síndrome de Down, no lo vas a marginar pero es un error de la naturaleza porque normalmente al hombre tiene que gustarle la mujer y viceversa... El dejó de ser hombre cuando sintió que había una fuerza dentro de él que lo hacía ser homosexual".

La homosexualidad es un fantasma omnipresente que forma una parte intrínseca de la constitución de la identidad del género masculino. Esta problemática es más urgente durante la adolescencia, cuando la *virilidad* todavía no ha sido alcanzada y la amenaza de ser feminizado actúa como un polo de atracción/rechazo. Se trata de un tema central que los fuerza a entrar dentro de los límites de su género y a reafirmarlo constantemente, tal como Mario recuerda "lo más cuestionado en ese tiempo, era la homosexualidad. Toda la preocupación se centraba en quién es cabro o amanerado".

Sin embargo, las prácticas homosexuales son bastante comunes durante la pubertad y la adolescencia, el período durante el cual se confirma la *virilidad* a través de una serie de rituales informales de pasaje que marcan la separación del mundo femenino (materno) y la adquisición de los símbolos viriles (sexualidad activa y valentía). Pregunté a 18 de ellos si habían tenido alguna experiencia homosexual. Ocho respondieron afirmativamente mientras que uno de ellos, Paulo, es homosexual. Claudio recuerda que "hay ciertos períodos en la adolescencia en los cuales pueden aparecer cierto tipo de tendencias homosexuales, un cierto atractivo por personas de tu propio sexo; pero que las consideras como parte de una etapa de tu vida que es totalmente pasajera". Desde el punto de vista de la cultura masculina estas prácticas pueden ser calificadas como inmorales pero no ponen en peligro la masculinidad de un varón. En tanto que la sexualidad se asocia a lo natural, no domesticable, ella es, por definición, difícil de controlar. Así, este comportamiento se califica como mala conducta, exceso o hipersexualidad siempre y cuando el joven asuma la posición activa. Sin embargo, el recurso a la actividad es

bastante relativo porque una vez iniciado el contacto corporal la diferencia activo-pasivo tiende a borrarse. Es en el relato que el macho se reubica como quien penetra y feminiza al otro recuperando así su virilidad.³

Algunos entrevistados son conscientes de las contradicciones que conlleva el rechazo a la opción homosexual y reconocen que la homofobia es una forma de control social, no obstante, acercarse a lo *abyecto* podría contaminarlos. Marcos, por ejemplo, señala que "al final, todo se reduce más que todo a cómo son las personas, para a partir de ahí poder juzgarlas. Aún así, procuro no tener contacto con ellos.

Porque no es por ellos sino que a pesar de que te digo que no me importa lo que piensa la gente, es un prejuicio que llevo y que es muy difícil quitármelo; qué van a pensar las personas, no quiero dar motivo para que piensen que yo también soy homosexual, eso no me gustaría".

Estos temores muestran que la masculinidad es una construcción inherentemente frágil (o así lo temen ellos) y extremadamente dependiente del reconocimiento externo. De otro lado, la opción homosexual forma parte de los discursos alternativos

que cuestionan la validez de la masculinidad hegemónica. Entre ellos, Paulo, un joven que no es, bajo ningún concepto, un marginal, ha asumido públicamente sus impulsos eróticos homosexuales. El describe este proceso. "Fue muy complicado. Fueron 15 años de mi vida que estuve tratando de cambiar, que sentía ese impulso homosexual y que trataba de cambiar con psicólogos, con psiquiatras y con la religión. Después de 15 años me di cuenta que estuve perdiendo mi tiempo. Si hubiera ido a un buen psicólogo de frente me habría evitado tantas cosas, o si hubiera leído la Biblia correctamente, una lectura mucho más amplia, menos errada. Por ejemplo, yo pensaba que la homosexualidad no era grata a Dios, pero un día encontré un versículo que decía allí donde hay amor no hay pecado, y bueno lo que me une a mí a un hombre no es el sexo, sino el amor".

Paulo ha reinterpretado su concepción de lo masculino para ponerse de acuerdo con su opción erótica. El emplea un discurso articulado para ir en contra de los discursos hegemónicos y busca apoyo en la religión y la ciencia. Ello indica que existen lecturas paralelas de las identidades personales y del orden social y humano que dejan espacio para versiones alternativas de la masculinidad. Este es un tema por explorar a fin de iluminar los complejos caminos del erotismo y de la constitución de la identidad de género masculina.

En definitiva, la facultad de la homosexualidad pasiva (feminización) para producir representaciones reside más en su identificación con lo *abyecto*, es decir, en la operación discursiva por la cual lo masculino adquiere consistencia y emerge como *real*, que en su práctica concreta.

CONCLUSIONES

La masculinidad está contenida en tres conjuntos de representaciones: el natural, el doméstico y el exterior (público-calle). Cada uno de ellos reposa en ciertos postulados internamente coherentes pero que se contradicen con los de los otros conjuntos. La masculinidad es pues, inherentemente contradictoria. Cada varón lidiará con la inconsistencia ética de su identidad de género y privilegiará diferentes aspectos de ésta según el momento del ciclo vital en que se encuentre, el tipo de profesión o ámbito institucional en el que se mueva y según su propia sensibilidad. En ese sentido no se puede hablar de identidad masculina sino de identidades masculinas.

3. En un estudio llevado a cabo por el Movimiento Homosexual de Lima (MHOL) entre varones travestís que ejercen la prostitución, se evidencia que los clientes no ocupan únicamente el papel activo sino que ambas posiciones se alternan. (Comunicación verbal, Oscar Ugarteche.)

El espectro de posibilidades de lo masculino incluye aspectos considerados femeninos, como el cuidado del otro y la empatía. Estos se asocian al ámbito doméstico caracterizado por el amor y la responsabilidad. A pesar de colisionar con los valores asociados a la virilidad y a la esfera exterior, el matrimonio y, en especial, la paternidad, son ejes centrales de la masculinidad adulta.

Contrariamente a las creencias de sentido común, el machismo no es simplemente la manifestación de la ideología de la prioridad masculina, sino una forma de expresión de los temores y fantasmas de la masculinidad y un espacio donde se definen y redefinen las jerarquías de género y se canalizan los discursos opuestos al predominio masculino. Así, la expresión más extrema de la *virilidad* es también la más cuestionada.

Lo femenino actúa como la frontera de lo masculino, lo *abyecto*, el negativo contra el cual se diseña el *simulacro* de la masculinidad. Por ello la homosexualidad pasiva, en tanto la versión extrema de la feminización, es la representación más típica de lo *abyecto*. Los discursos femenino y homosexual no sólo se asocian con lo *abyecto* y definen los contornos de lo masculino, sino que son los principales vehículos de los discursos alternativos que cuestionan a las identidades de género hegemónicas.

La población estudiada ha sido influida por los discursos que cuestionan el predominio masculino y asume una postura bastante abierta respecto a la igualdad entre los géneros. Sin embargo, sus representaciones de masculinidad se fundan en presupuestos que implican la autoridad del varón sobre la mujer, su identificación con el espacio externo y el poder, y el *repudio* de lo femenino. Su desmantelamiento significaría socavar los fundamentos de la masculinidad, tarea que ninguno de los varones entrevistados podría, ni querría, emprender. Como la población masculina percibió desde un inicio, la liberación de las mujeres y de las sexualidades alternativas desafían frontalmente al *simulacro* de la masculinidad.

REFERENCIAS

- Butler, Judith. 1993. *Bodies that Matter; On the Discursive Limits of Sex*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Chodorow, Nancy. 1978. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, University of California Press, Berkeley.
- Fuller, Norma. 1995. Acerca de la polaridad marianismo machismo, En: Arango, Luz Gabriela; León, Magdalena y Viveros, Mara: *Género e identidad, ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Editores Tercer Mundo S.A., Ediciones Uniandes, Programa de Estudios de Género Mujer y Desarrollo, Bogotá.
- Fuller, Norma. 1997. *Identidades Masculinas, Varones de clase media en el Perú*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Lamas, Marta. 1995. Cuerpo e identidad, en: Arango, Luz Gabriela; León, Magdalena y Viveros Mara: *Género e identidad, ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Editores Tercer Mundo S.A., Ediciones Uniandes, Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Bogotá.
- Stevens, Evelyn. 1973. Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America. En: Pescatello, Ann, *Female and Male in Latin America, Essays*, University of Pittsburg Press, Londres, 89-101.

EDICIONES DE LAS MUJERES N° 24
Junio 1997

© 1997 Isis Internacional
Inscripción N° 100.835
ISSN 0716-8101
Santiago, Chile

Teresa Valdés y José Olavarría, eds.

Directora: Ana María Portugal
Representante legal: Ana María Gómez
Producción: Carmen Torres
Diseño gráfico: Rosa Varas
Corrección de textos: Sonia Chamorro
Traducciones: Silvia Hernández y Oriana Jiménez
Secretaría: Katia Corbalán
Ilustración de portada: *Timhalero*, 1940, Paul Klee
Impresión: Andros Ltda.

Esta publicación ha sido posible gracias al financiamiento de Frauen-Anstiftung e.V. de Alemania.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente el punto de vista de Isis Internacional ni de sus integrantes.